



UNA RECEPCIÓN EN LA BOHEMIA



Aquella misma noche en que había saldado de su bolsillo particular, en el café, la cuenta de una cena consumida por los bohemios, Carlos se había arreglado de manera que le acompañara Gustavo Colline. Desde que asistía á las reuniones de los cuatro amigos en el saloncito donde les había sacado de su apuro, Carlos se había fijado especialmente en Colline, y sentía ya una simpática atracción por aquel Sócrates, del que más tarde había de ser el Platón. Por esta razón le había escogido desde luego para que fuera su introductor en el cenáculo. Por el camino, Barbemuche ofreció á Colline que entraran á tomar algo en un café que estaba abierto todavía. Pero Colline no solamente rehusó, sino que redobló el paso al pasar por delante del citado café, hundiéndose hasta los ojos su sombrero de fieltro hiperfísico.

—¿Por qué no quiere usted entrar?—dijo Barbemuche, insistiendo con verdadera cortesía.

—Tengo mis razones—replicó Colline—hay en ese establecimiento una señora de mostrador que se ocupa mucho en ciencias exactas, y no podría evitar el sostener con ella una larga discusión, lo que trato de evitar no pasando jamás por esta calle á mediodía, ni durante las demás horas de sol. ¡Oh! la cosa es muy sencilla—prosiguió Colline—he vivido en este barrio con Marcelo.

—Pues yo hubiera querido ofrecerle un vaso de ponche y conversar un momento con usted. ¿No habría por estos alrededores algún sitio donde pudiese usted entrar sin que le detuvieran ciertas dificultades... matemáticas?—añadió Barbemuche, que juzgó propio de la ocasión el mantenerse en una esfera altamente espiritual.

Colline reflexionó un instante.

—Aquí hay un pequeño local donde mi situación es más clara—dijo.

Y señaló una taberna.

Barbemuche hizo una mueca y se quedó vacilante.

—¿Es sitio decente?—preguntó:

Viendo su actitud glacial y reservada, su corteidad de palabra, su sonrisa discreta, y sobre todo viendo la cadena con dijes y su reloj, Colline estaba persuadido de que Barbemuche era algún empleado de embajada, y pensó que temía comprometerse entrando en una taberna.

—No tema usted que nos vea nadie—dijo;—á estas horas todo el mundo diplomático está acostado.

Barbemuche se decidió á entrar: pero en el fondo de su alma, hubiera querido tener una nariz postiza. Para mayor seguridad, pidió un gabinete y tuvo buen cuidado de colgar una servilleta en los

cristales de la puerta. Tomadas estas precauciones, pareció menos inquieto y mandó traer un *bol* de ponche. Algo excitado por el calor del brebaje, Barbemuche se hizo más comunicativo; y después de haber dado algunos detalles relativos á sí mismo, se atrevía á manifestar la esperanza que había concebido de formar oficialmente parte de lo sociedad de los bohemios, y solicitó el apoyo de Colline para que le ayudara á realizar con éxito su ambicioso proyecto.

Colline respondió que por su parte estaba á la completa disposición de Barbemuche, pero que, no obstante, nada podía asegurar en términos absolutos.

—Yo le prometo mi voto—decía—pero no puedo arrogarme la responsabilidad de disponer del de mis compañeros.

—Mas—dijo Barbemuche—¿por qué motivos habrían de oponerse á mi admisión?

Colline depuso sobre la mesa el vaso que iba á llevar á los labios, y con aire muy serio habló poco más ó menos así al audaz Carlos:

—¿Usted cultiva las bellas artes?

—Yo laboro modestamente esos nobles campos de la inteligencia—respondió Carlos, que deseaba hacer gala de su pintoresco estilo.

Colline halló bien dicha la frase y se inclinó.

—¿Conoce usted la música?—prosiguió.

—He tocado el contrabajo.

—Es un instrumento filosófico, porque produce sonidos graves. Entonces, si conoce usted la música, ya comprenderá que no es posible, sin romper las leyes de la armonía, introducir el quinto ejecutante en un cuarteto, porque dejaría así de ser cuarteto.

—Entonces sería un quinteto—respondió Carlos.

—¿Cómo dice?—preguntó Colline.

—Quinteto.

—Perfectamente, lo mismo que, si á la Trinidad, ese divino triángulo, añade usted otra persona, ya no será la Trinidad, sino que será un cuadrado ¡y aquí tiene usted una religión quebrantada desde sus fundamentos!

—Permitame usted—dijo Carlos, cuya inteligencia empezaba á sucumbir entre los zarzales del razonamiento de Colline; — no comprendo bien...

—Oiga bien y siga lo que digo...—prosiguió Colline.—¿Conoce usted la astronomía?

—Un poco; soy bachiller.

—Hay una canción de este título—exclamó Colline.—*Bachiller de Luisita*... No recuerdo ya la música... Entonces debe usted saber que existen cuatro puntos cardinales. Pues bien, si aparecía un quinto punto cardinal, quedaría trastornada toda la armonía de la naturaleza. Sería lo que llaman un cataclismo. ¿Comprende usted?

—Espero la conclusión.

—Efectivamente, la conclusión es el término del discurso, así como la muerte es el término de la vida, y el matrimonio es el término del amor. Pues bien, querido señor, yo y mis amigos estamos acostumbrados á vivir juntos, y tememos que se rompa, con la ingerencia de otra persona, la armonía que reina en nuestro concierto de costumbres, opiniones, gustos y caracteres. Nosotros debemos llegar á ser un día los cuatro puntos cardinales del arte contemporáneo; yo se lo digo á usted sin ambages, y acostumbrados á esta idea, nos molestaría ver un quinto punto cardinal.

—No obstante, cuando hay cuatro, bien puede haber cinco—aventuró Carlos.

—Sí, pero ya no son cuatro.

—El pretexto es fútil.

—Nada hay fútil en este mundo, todo está en todo, los arroyuelos hacen los grandes ríos, las sílabas hacen los alejandrinos, y las montañas están compuestas de granos de arena; lo dice la *Sabiduría de las naciones*; en el muelle hay un ejemplar.

—¿Entonces usted cree que aquellos caballeros opondrán algunas dificultades para hacerme el honor de admitirme en su íntima compañía?

—Yo así lo *pienso*, de caballo—dijo Colline, que no olvidaba nunca este chiste.

—¿Qué dice usted?...—preguntó Carlos sorprendido.

—¡Dispense... es una ocurrencia!—y Colline añadió:—Dígame usted, señor mío, ¿cuál es el surco que cultiva usted con preferencia en los nobles campos de la inteligencia?

—Los grandes filósofos y los buenos autores clásicos son mis modelos; yo me alimento con su estudio. *Telémaco* es el primero que me ha inspirado la pasión que me devora.

—*Telémaco* se encuentra mucho entre los libros de lance del muelle—dijo Colline.—Se le encuentra á todas horas, yo lo compré por cinco sueldos, porque se trataba de una ganga; no obstante, consentiría en deshacerme de él para servir á usted. Por lo demás, es una buena obra, bien escrita, para su tiempo.

—Sí, señor,—prosiguió Carlos—la alta filosofía y la sana literatura, esa es mi aspiración. Según mi parecer, el arte es un sacerdocio.

—Sí, sí, sí...—dijo Colline,—hay también una canción sobre este tema.

Y se puso á cantar:

—Sí, el arte es un sacerdocio
Sepamos servirnos de él.

Creo que lo cantan en el *Roberto el Diablo*—añadió.

—Decía, pues, que siendo el arte una función solemne, los escritores deben incesantemente...

—Perdone usted, caballero—interrumpió Colline, que oyó que tocaba una hora muy avanzada—va á ser de día, y temo que esté inquieta una persona que me interesa; además,—se murmuró á sí mismo—le había prometido volver pronto á casa... ¡hoy es su día!

—Efectivamente, es tarde—dijo Carlos;—vámonos.

—¿Vive usted lejos?—preguntó Colline.

—En la calle Real de San Honorato, número 10...

Colline había tenido en otro tiempo ocasión de frecuentar aquella casa, y recordó que era un magnífico palacio.

—Hablaré de usted á aquellos señores,—dijo á Carlos al separarse—y esté seguro de que emplearé toda mi influencia para que le sean favorables... ¡Ah! permítame que le dé un consejo.

—Diga usted—respondió Carlos.

—Sea usted amable con las señoritas Mimí, Musette y Eufemia; esas señoras ejercen mucha autoridad sobre mis amigos, y sabiendo colocarles bajo la presión de sus amantes, llegará usted fácilmente á obtener lo que se propone de Marcelo, Schaunard y Rodolfo.

—Así lo haré—dijo Carlos.

Al día siguiente, Colline cayó en medio del fansterio bohemio; era la hora del almuerzo, y el almuerzo había llegado con la hora. Las tres familias estaban sentadas á la mesa y se entregaban á una orgía de alcachofas con salsa de pimienta.

—¡Caracoles!—dijo Colline—os tratáis á cuerpo de rey, y esto no puede durar. Vengo,—añadió en seguida,—en calidad de embajador del mortal generoso que encontramos ayer noche en el café.

—¿Te envía acaso á pedir que le restituyamos el dinero que nos adelantó ayer?—preguntó Marcelo.

—¡Oh!—dijo la señorita Mimí,—¡nunca hubiera creído tal cosa de él, porque tiene unos modales tan distinguidos!

—No se trata de esto,—respondió Colline;—ese joven desea ser de los nuestros, quiere tomar acciones de nuestra sociedad, y participar de los beneficios, se sobrentiende.

Los tres bohemios levantaron la cabeza y se miraron recíprocamente.

—He dicho—terminó Colline;—queda abierta la discusión.

—¿Cuál es la posición social de tu protegido?—preguntó Rodolfo.

—No es mi protegido—replicó Colline;—ayer noche, al dejaros, me rogasteis que le siguiera; por su parte, me invitó á que le acompañara, porque se hallaba bien conmigo. Yo, pues, le seguí; una buena parte de la noche me ha colmado de atenciones y de licores escogidos, pero yo me he reservado, no obstante, mi independencia.

—Muy bien—dijo Schaunard.

—Describenos algunos de los rasgos principales de su carácter—añadió Marcelo.

—Grandeza de alma, costumbres austeras, tiene miedo de entrar en las tabernas, bachiller en letras, hostia de candor, toca el contrabajo, naturaleza que cambia de vez en cuando cinco francos.

—Muy bien—dijo Schaunard.

—¿Cuáles son sus esperanzas?

—Ya os lo he dicho, su ambición no tiene límites; aspira á tutearnos.

—¿Es decir que nos quiere explotar?—replicó Marcelo.—Quiere ser visto en nuestros carruajes.

—¿Qué arte ejerce?—preguntó Rodolfo.

—Sí—prosiguió Marcelo,—¿en qué se ocupa?

—¿Su arte?—dijo Colline.—¿En qué se ocupa? En literatura y filosofía á un tiempo.

—¿Cuáles son sus conocimientos filosóficos?

—Practica una filosofía provincial. Llama sacerdocio al arte.

—¡Lo llama sacerdocio!—dijo Rodolfo con espanto.

—Así dice.

—¿Y en literatura, cuál es su camino?

—Frecuenta el TELÉMACO.

—Muy bien—dijo Schaunard mascando los estambres de las alcachofas.

—¡Cómo! ¿muy bien, imbécil?—interrumpió Marcelo;—guárdate de repetir esto en la calle.

Schaunard, contrariado por esta reprimenda, dió por debajo de la mesa una patada á Eufemia, que acababa de sorprender invadiendo su salsa.

—Una vez más—dijo Rodolfo;—¿qué condición ocupa en este mundo? ¿de qué vive? ¿su nombre, su casa?

—Su condición es honrosa, es profesor de muchas cosas en el seno de una familia rica. Se llama Carlos Barbemucho, se come sus rentas entre los refinamientos del lujo y vive en la calle Real, en un buen cuarto.

—¿Un cuarto amueblado?

—No, los muebles son suyos.

—Pido la palabra,—dijo Marcelo.—Es evidente para mí que Colline se ha dejado corromper; ha vendido de antemano su voto por una cantidad mayor ó menor de copitas. No me interrumpas—dijo Marcelo, viendo que el filósofo se levantaba para protestar,—responderás cuanto te toque. Colline, alma venal, os ha presentado á ese extraño bajo un aspecto excesivamente favorable, para que pueda ser el reflejo de la verdad. Ya os lo he dicho, yo vislumbro los propósitos de ese desconocido. Quiere especular sobre nosotros. Se habrá dicho: Estos jóvenes atrevidos llegarán á abrirse camino, si me uno á ellos, llegaré al mismo tiempo al puerto de la fama.

—Muy bien—dijo Schaunard;—¿no hay más salsa?

—No—respondió Rodolfo,—la edición está agotada.

—Por otra parte—prosiguió Marcelo,—ese mortal envidioso que Colline patrocina, no aspira tal vez al honor de nuestra intimidad, sino impelido por sus culpables pensamientos. Nosotros no estamos solos aquí, señores,—continuó el orador lanzando sobre las mujeres una mirada elocuente;—y el protegido de Colline, introduciéndose en nuestro hogar bajo el manto de la literatura, podría bien ser que resultara un falaz seductor. ¡Reflexionad! Por mi parte, voto contra la admisión.

—Pido la palabra para una rectificación—dijo Rodolfo.—En su notable improvisación, Marcelo ha dicho que el llamado Carlos quería introducirse en nuestra casa, con objeto de deshonrarnos, bajo el MANTO DE LA LITERATURA.

—Era una figura retórica—dijo Marcelo.

—Protesto de esa figura; está mal dicha. La literatura no tiene manto.

—Puesto que ejerzo aquí las funciones de relator—dijo Colline levantándose,—sostendré las condiciones de mi informe. Los celos que le devoran perturban las facultades de nuestro amigo Marcelo; el grande artista es un insensato...

—¡Orden!—gritó Marcelo.

—...un insensato hasta tal punto, que él, tan buen dibujante, acaba de introducir en su discurso una figura cuya incorrección ha puesto de relieve el ilustrado orador que me ha precedido en esta tribuna.

—¡Colline es un idiota!—gritó Marcelo, dando tan fuerte puñetazo en la mesa, que determinó una profunda sensación entre la vajilla.—¡Colline no sabe nada en materia de sentimiento, es incompetente en la cuestión, porque tiene un libro de lance en lugar de corazón! (*Risas prolongadas de Schaunard*).

Durante todo este tumulto, Colline sacudía con gravedad los torrentes de elocuencia contenidos en los pliegues de su corbata blanca. Cuando se hubo restablecido el silencio, continuó su discurso de esta manera:

—Señores, con una sola palabra voy á desvanecer de vuestros espíritus los temores quiméricos que las sospechas de Marcelo hayan podido infundiros con respecto á Carlos.

—Veamos si logras desvanecerlos—dijo Marcelo chanceándose.

—No será más difícil que esto—respondió Colline, apagando de un soplo la cerilla con que acababa de encender su pipa.

—¡Qué hable! ¡Qué hable!—gritaron en masa Rodolfo, Schaunard y las mujeres, para quienes el debate ofrecía un gran interés.

—Señores—dijo Colline,—aunque haya sido atacado con violencia y personalmente en este recinto, aunque se me haya acusado de haber vendido la influencia que puedo ejercer sobre vosotros por unas copas de alcohol, fuerte con mi conciencia, no responderé á los ataques que se han dirigido á mi probidad, á mi lealtad, á mi moralidad (*Emoción*). Pero hay una cosa que debo hacer respetar. (*El orador se da dos puñetazos en la barriga*). Es mi prudencia tan conocida por vosotros, y que acabáis de poner en duda. Se me acusa de querer introducir entre vosotros á un mortal que abriga propósitos hostiles contra vuestra dicha... sentimental. Esta suposición es un insulto á la virtud de estas damas, y además, un insulto á su buen gusto. Carlos Barbemuche es muy feo. (*Signos negativos visibles en el rostro de Eufemia Tintore*). Ruido debajo la mesa. Es Schaunard que corrige á puntapiés la franqueza comprometedora de su joven amiga).

—Pero—prosiguió Colline,—lo que va á reducir á polvo el miserable argumento de que mi adversario se ha hecho arma contra Carlos, con objeto de explotar vuestros temores, es que dicho Carlos es filósofo platónico. (*Sensación en el banco de los hombres, tumulto en el banco de las mujeres*).

—¿Qué quiere decir platónico?—preguntó Eufemia.

—Es la enfermedad de los hombres que no se atreven á buscar á las mujeres,—dijo Mimí;—yo tuve un amante así y lo abandoné á las dos horas.

—¡Qué tonterías!—exclamó la señorita Musette.

—Tienes razón, querida—le dijo Marcelo,—el platonismo en amor, es como echar agua al vino, ¿entiendes? Bebamos nuestro vino puro.

—¡Y viva la juventud!—añadió Musette.

La declaración de Colline había determinado una reacción favorable á Carlos. El filósofo quiso aprovecharse del éxito del movimiento operado por su elocuente y hábil defensa.

—Ahora—prosiguió,—no veo la justicia de las prevenciones que podrían elevarse contra ese joven mortal, quien, al fin y al cabo, nos ha hecho un gran favor. En cuanto á mí, á quien se acusa de haber obrado irreflexivamente queriendo introducirle entre nosotros, considero esta opinión como atentatoria á mi dignidad. He obrado en este asunto con la prudencia de la serpiente; y si un voto motivado no me concede esa prudencia, presento mi dimisión.

—¿Quieres hacerlo cuestión de gabinete?—dijo Marcelo.

—Sí—contestó Colline.

Los tres bohemios consultaron entre sí, y de común acuerdo acabaron por restituir al filósofo el carácter de alta prudencia que reclamaba. Colline concedió en seguida la palabra á Marcelo, quien, algo curado de sus prevenciones, declaró que tal vez votaría por las conclusiones del relator. Pero antes de pasar á la votación definitiva

que debía abrir á Carlos la intimidad de la bohemia, Marcelo hizo poner á votación esta enmienda:

«Como la introducción de un nuevo miembro en el cenáculo era cosa grave, y como un extraño podía aportar en él elementos de discordia, ignorando las costumbres, los caracteres y las opiniones de sus camaradas, cada uno de los miembros pasaría un día con el citado Carlos, y se dedicaría á investigar su vida, sus gustos, su capacidad literaria y su guardarropa. Los bohemios se comunicarían en seguida sus impresiones particulares, resolviéndose después acerca la denegación ó la admisión: además, antes de ser admitido, Carlos debía sujetarse á un noviciado de un mes, es decir, que antes de este plazo no tendría derecho á tutearles y de ir con ellos del brazo por la calle. Cuando llegara el día de la recepción, el recipiente daría á su costa una fiesta espléndida. El presupuesto de esos regocijos no podía elevarse á menos de doce francos».

Esta enmienda fué aceptada por mayoría de tres votos contra uno, el de Colline, que encontraba que no había suficiente confianza en él, y que la enmienda atentaba de nuevo á su prudencia.

Aquella misma noche, Colline llegó expresamente temprano al café, con objeto de ser el primero en ver á Carlos.

No tuvo que esperar mucho rato. Carlos llegó casi en seguida, llevando en la mano tres enormes ramilletes de rosas.

—¡Hola! — dijo Colline sorprendido. — ¿Qué piensa usted hacer de este jardín?

—Me he acordado del consejo que me dió ayer; sus amigos vendrán sin duda con las señoras, y

para ellas he traído estas flores; ¿verdad que son bonitas?

—Cierto, lo menos cuestan quince sueldos.

—¿Lo cree usted así?—repuso Carlos:—en el mes de diciembre, podía usted decir quince francos.

—¡Cielos!—exclamó Colline,—un terceto de escudos por estos sencillos dones de Flora, ¡qué locura! ¿Es acaso pariente de los Cordillières? Pues bien, querido señor mío, ahí tiene quince francos que nos veremos precisados á tirar por la ventana.

—¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir?

Colline contó entonces las sospechas celosas que Marcelo había hecho concebir á sus amigos, y dió conocimiento á Carlos de la violenta discusión que tuvo lugar entre los bohemios á propósito de su admisión en el cenáculo.

—Yo he protestado de que sus intenciones de usted eran inmaculadas—añadió Colline,—pero no por ello la oposición ha sido menos violenta. Guárdese usted, pues, de renovar las celosas sospechas que han podido concebir respecto de usted, no mostrándose excesivamente galante con las damas, y para empezar, hagamos desaparecer estos ramilletes.

Y Colline tomó las rosas y las ocultó en un armario que servía de depósito de objetos inútiles.

—Pero aun no lo he dicho todo—prosiguió:—esos señores desean, antes de ligarse íntimamente con usted, dedicarse, cada uno en particular, á una información sobre su carácter de usted, sus gustos, etc.—Después, para que Barbemuche no chocara con sus amigos, Colline le trazó rápida-



mente un retrato moral de cada uno de los bohemios.

—Procure usted hallarse de acuerdo con ellos separadamente,—añadió el filósofo, y al fin todos serán suyos.

Carlos se sometió á todo.

Los tres amigos llegaron poco después, acompañados por sus mujeres.

Rodolfo se mostró cortés con Carlos, Schaunard estuvo familiar, Marcelo permaneció frío. En cuanto á Carlos, se esforzó en mostrarse alegre y afectuoso con los hombres, manteniéndose indiferente hacia las mujeres.

Al separarse por la noche, Barbemuche invitó á Rodolfo á comer para el día siguiente. Unicamente le rogó que fuera á su casa á medio día.

El poeta aceptó.

—Bueno—se dijo,—yo empezaré la información.

Al día siguiente, á la hora convenida, Rodolfo se presentó en casa de Carlos. Barbemuche vivía efectivamente en un hermoso palacio de la calle Real, donde ocupaba un cuarto en que reinaba un cierto *confort*. Pero lo que admiró á Rodolfo, fué ver, en pleno día, las ventanas con los postigos herméticamente cerrados, las cortinas corridas y dos bujías encendidas sobre la mesa, por lo que pidió explicaciones á Barbemuche.

—El estudio es hijo del misterio y del silencio—respondió éste.

Sentáronse y hablaron. Al cabo de una hora de conversación, Carlos, con una paciencia y una habilidad oratoria infinitas, supo formular una frase que, á pesar de su humilde forma, era nada menos que una amenaza á Rodolfo para que oyera

un pequeño opúsculo que era el fruto de las vigi-
lias del sobredicho Carlos.

Rodolfo comprendió que había caído en el lazo. Teniendo curiosidad, no obstante, de conocer el color del estilo de Barbemuche, se inclinó cortesmente, asegurando que estaba complacido de lo que...

Carlos no entendió el resto de la frase. Se apresuró á correr el pestillo de la puerta del cuarto, la cerró por dentro con llave, y volvió al lado de Rodolfo. Luego tomó un pequeño cuaderno, cuyo tamaño prolongado y escaso volumen hicieron asomar una sonrisa de satisfacción á los labios del poeta.

—¿Es el manuscrito de su obra?—preguntó.

—No—respondió Carlos,—es el catálogo de mis manuscritos, y busco el número del que usted me permite leer... Aquí está: *Don Lope, ó la fatalidad*, número 14. Está en el tercer estante,—dijo Carlos, y se dirigió á abrir un pequeño armario en el que Rodolfo divisó con espanto una gran cantidad de manuscritos. Carlos tomó uno, cerró el armario y fué á sentarse frente por frente del poeta.

Rodolfo echó una ojeada sobre uno de los cuatro cuadernos de que se componía la obra, escrita en un papel grande como el Campo de Marte.

—¡Vamos—se dijo,—no está en verso, pero se titula DON LOPE!

Carlos tomó el primer cuaderno y empezó su lectura así:

«En una fría noche de invierno, dos caballeros, envueltos en los pliegues de sus capas y montados en perezosas mulas, caminaban uno al lado de otro por uno de los caminos que atraviesan la so-

ledad peligrosa de los desiertos de Sierra Morena...»

—¿Dónde estoy?—pensó Rodolfo aterrado por este principio. Carlos prosiguió leyendo el primer capítulo, todo él escrito por el mismo estilo.

Rodolfo escuchaba sin fijarse é iba discurriendo un medio de evadirse.

—Me queda la ventana,—decía entre sí;—pero aparte de que está cerrada, nos hallamos en el cuarto piso. ¡Ah! Ahora comprendo todas sus precauciones.

—¿Qué le parece á usted mi primer capítulo?—preguntó Carlos;—yo se lo ruego, no me oculte sus censuras.

Rodolfo creyó recordar que había oído algunos párrafos de filosofía declamatoria sobre el suicidio, proferidos por el llamado Lope, héroe de la novela, y respondió á todo evento:

—La gran figura de Don Lope está estudiada con conciencia; me recuerda la *Profesión de fe del vicario saboyano*; la descripción de la mula de don Alvaro me gusta infinitamente; diríase que está dibujada por Géricault. El paisaje presenta hermosas líneas; en cuanto á las ideas, se ve la simiente de Juan Jacobo Rousseau sembrada en el terreno de Lesage. Permítame una sola observación. Pone usted demasiadas comas, y abusa de la palabra *en adelante*; es una bonita palabra que produce buen efecto de vez en cuando, porque da cierto color, pero no conviene abusar de ella.

Carlos tomó su segundo cuaderno y leyó otra vez el título de DON LOPE, ó LA FATALIDAD.

—Hace tiempo conocí á un Lope—dijo Rodolfo;—vendía cigarrillos y chocolate de Bayona; sería tal vez pariente del de usted... Siga, siga ...

Al terminar el segundo capítulo, el poeta interrumpió á Carlos.

—¿Qué? ¿no siente usted la garganta fatigada?

—No—respondió Carlos;—ahora va usted á oír la historia de Inesilla.

—Me gustará mucho... No obstante, si está usted cansado—dijo el poeta— no convendría...

—¡CAPÍTULO III!—leyó Carlos con voz clara.

Rodolfo examinó atentamente á Carlos y observó que tenía el cuello muy corto y la tez sanguínea.

—Me queda aún una esperanza—pensó el poeta cuando hubo hecho aquel descubrimiento.—La apoplegía.

—Pasemos al capítulo IV. Me hará usted el favor de decirme qué le parece la escena de amor.

Y Carlos reanudó su lectura.

En cierto momento en que miró á Rodolfo para leer en su rostro el efecto que le producía su diálogo, Carlos apercibió al poeta que, inclinado en la silla, tendía la cabeza en actitud de un hombre que escucha lejanos sonidos.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó.

—¡Silencio! — dijo Rodolfo: — ¿no oye usted? ¡Me parece que tocan á fuego! ¿Si fuéramos á verlo?

Carlos escuchó un instante, pero no oyó nada.

—Me habrán zumbado los oídos—dijo Rodolfo—continúe: Don Alvaro me interesa prodigiosamente; es un noble joven.

Carlos prosiguió leyendo y puso toda la armonía de su órgano en esta frase del joven Alvaro:

«Oh, Inesilla, quien quiera que seáis, ángel ó demonio, y sea la que quiera vuestra patria, mi

vida es vuestra, y os seguiré, lo mismo al cielo, que al infierno.»

En aquel momento llamaron á la puerta y una voz llamó á Carlos desde fuera.

—Es mi portero—dijo yendo á entreabrir la puerta.

Era efectivamente el portero; llevaba una carta, Carlos la abrió con precipitación.—Maldito contratiempo,—dijo;—tenemos que dejar la lectura para otra vez; acabo de recibir una noticia que me obliga á salir sin tardanza.

—¡Oh!—pensó Rodolfo—es una carta llovida del cielo; reconozco en ella el sello de la Providencia.

—Si quiere usted—prosiguió Carlos,—podemos ir juntos al asunto que me indica el mensaje, y después iremos á comer.

—Estoy á sus órdenes—dijo Rodolfo.

Por la noche, cuando volvió al cenáculo, el poeta fué interrogado por sus amigos respecto á Barbemuche.

—¿Estás contento de él? ¿Te ha tratado bien?—preguntaron Marcelo y Schaunard.

—Sí, pero me ha costado caro—respondió Rodolfo.

—¡Cómo! ¿Acaso te ha hecho pagar, Carlos?—preguntó Schaunard con creciente indignación.

—Me ha leído una novela en cuyo interior se nombra á don Lope y á don Alvaro, y en donde los galanes llaman á su amante *Ángel ó Demonio*.

—¡Qué horror!—dijeron todos los bohemios á coro.

—Pero visto bajo otro aspecto—dijo Colline—dejando aparte la literatura, ¿cuál es tu parecer sobre Carlos?

—Es un buen joven. Por lo demás, vosotros podréis hacer personalmente vuestras observaciones. Carlos desea tratarnos á todos, uno después de otro. Schaunard está invitado á comer para mañana. Debo advertiros únicamente—añadió Rodolfo,—que cuando vayáis á casa de Barbemuche, desconfiéis del armario de los manuscritos, porque es un mueble peligroso.

Schaunard fué exacto á la cita, y se entregó á una investigación de perito subastador y de hujier que operen un secuestro. Así es que, cuando se reunió con sus compañeros por la noche, llevaba el espíritu lleno de notas; había estudiado á Carlos bajo el punto de vista de los objetos mobiliarios.

—¿Qué tal?—le preguntaron—¿cuál es tu opinión?

—Pues—repuso Schaunard,—que ese Barbemuche está repleto de buenas cualidades; sabe los nombres de todos los vinos, y me ha dado á comer platos delicados, como no saben hacerlos en casa de mi tía el día de su santo. Me ha parecido que está íntimamente relacionado con los sastres de la calle Vivienne y con los zapateros de los Panoramas. He notado, además, que tiene aproximadamente nuestra estatura, lo que hará que podamos prestarle nuestra ropa si la necesita. Sus costumbres son menos severas de lo que Colline quería dar á entender; se ha dejado llevar por todas partes donde he querido, y me ha pagado un almuerzo en dos actos, el segundo de los cuales ha tenido lugar en una taberna del mercado donde soy conocido por haber celebrado algunas orgías durante el carnaval. Carlos entró allí como hombre acostumbrado. ¡He dicho! Marcelo está invitado para Mañana.

Carlos sabía que Marcelo era, entre los bohemios, el que ponía más obstáculos á su recepción en el cenáculo: así es que le trató con un cuidado especial; pero cuando se ganó por completo la voluntad del artista, fué haciéndole concebir la esperanza de que le proporcionaría retratos entre la familia de su discípulo.

Cuando llegó el turno á Marcelo de emitir su informe, sus amigos no encontraron ya en él aquella hostilidad que de propósito había mostrado contra Carlos.

El cuarto día, Colline informó á Barbemuche que quedaba admitido.

—¡Qué! ¿Me han admitido?—dijo Carlos en el colmo de la alegría.

—Sí—respondió Colline,—mas con correcciones.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que usted tiene todavía un cúmulo de pequeñas y vulgares costumbres de las que deberá corregirse.

—Haré cuanto pueda por imitarles—respondió Carlos.

Durante todo el tiempo que duró su noviciado, el filósofo platónico frecuentó asiduamente á los bohemios; y puesto en condiciones de estudiar con más profundidad sus costumbres, no dejaba algunas veces de experimentar grandes sorpresas.

Una mañana, Colline entró en casa de Barbemuche con el rostro radiante.

—¡Hola, amigo!—le dijo,—es usted definitivamente de los nuestros, ya está resuelto. Falta designar únicamente el día de la gran fiesta y el sitio en que deba verificarse; vengo para ponerme de acuerdo con usted.

—Esto marcha perfectamente,—respondió Carlos:—los padres de mi discípulo están ahora en el campo; el joven vizconde, de quien soy el mentor, me cederá por una noche las habitaciones: así estaremos con más comodidad; pero será preciso invitar al joven vizconde.

—Esto sería una cosa muy bonita,—respondió Colline;—así le abriríamos los horizontes literarios; pero ¿cree usted que consentirá?

—Estoy seguro de antemano.

—Entonces, sólo nos falta fijar el día.

—Ya arreglaremos esto en el café esta noche—dijo Barbemuche.

Carlos se fué inmediatamente á ver á su discípulo y le participó que acababa de ser recibido miembro de una alta sociedad literaria y artística, y que, para celebrar su recepción, pensaba dar un banquete seguido de una pequeña fiesta; y al propio tiempo le invitaba para formar parte de los comensales.

—Y como usted no puede retirar tarde y la fiesta se prolongará hasta la media noche, para comodidad suya —añadió Carlos,— la daremos aquí, en estos salones. Francisco, el doméstico, es discreto, sus padres de usted nada sabrán, y usted habrá contraído relaciones con las personas de más talento de París, artistas, autores.

—¿Conocidos?

—Conocidos, ciertamente; uno de ellos es redactor en jefe de *La gasa de Iris* que recibe su madre de usted; son personas distinguidas, casi célebres; yo soy amigo íntimo suyo; tienen buenas mujeres.

—¿Habrá mujeres?—dijo el vizconde Pablo.

—Enloquecedoras—repuso Carlos.

—¡Oh, querido maestro, cuánto se lo agradezco! Ciertamente, daremos la fiesta aquí; haré encender las arañas y quitar las fundas de los muebles.

Por la noche, en el café, Barbemuche anunció que la fiesta tendría lugar el sábado siguiente.

Los bohemios encargaron á sus amantes que pensarán en sus tocados.

—No olvidéis—les dijeron,—que vamos á asistir á verdaderos salones. Así, pues, preparaos; trajes simples, pero ricos.

A contar desde aquel día, toda la calle quedó enterada de que Mimí, Eufemia y Musette iban á frecuentar la alta sociedad.

Por la mañana del día de la solemnidad, ocurrió lo siguiente: Colline, Schaunard, Marcelo y Rodolfo se dirigieron en corporación á casa de Barbemuche, quien se sorprendió al verles tan temprano.

—¿Ha ocurrido algún inconveniente que obligue á aplazar la fiesta?—preguntó con cierta inquietud.

—Sí y no,—respondió Colline.—He aquí lo que ocurre. Entre nosotros nunca hacemos cumplimientos; pero cuando debemos hallarnos con extraños, queremos conservar cierto decoro.

—¿Y qué?—preguntó Barbemuche.

—Que—prosiguió Colline,—como nosotros hemos de encontrarnos esta noche con el noble joven que nos abre sus salones; por respeto hacia él y por respeto hacia nosotros mismos, que podría comprometer el aspecto casi desaliñado de nuestros trajes, venimos simplemente á pedirle si podría prestarnos, por esta noche, algunas prendas de corte más elegante. Nos es casi imposible,

ya lo comprende usted, entrar de blusa y de gabán bajo los artesones de esta suntuosa residencia.

—Mas yo no poseo—dijo Carlos,—cuatro trajes negros.

—¡Ah!—dijo Colline—nos arreglaremos con lo que haya.

—Vean ustedes, pues—repuso Carlos abriendo un armario bastante bien provisto.

—Pero si aquí tiene usted un arsenal completo de elegancias.

—¡Tres sombreros!—dijo Schaunard extasiado; —¿se pueden poseer tres sombreros cuando no se tiene más que una cabeza?

—Y las botas—dijo Rodolfo.—¡Mirad!

—¡Qué si hay botas!—gritó Colline.

En un abrir y cerrar de ojos había escogido cada uno un equipo completo.

—Hasta esta noche—dijeron despidiéndose de Barbemuche;—las damas se han propuesto estar deslumbrantes.

—Pero—dijo Barbemuche echando una ojeada á la percha completamente desguarnecida,—no me dejan nada para mí. ¿Cómo voy á recibirles?

—¡Ah! en cuanto á usted—dijo Rodolfo,—es indiferente, usted es el dueño de casa; puede dejar á un lado la etiqueta

—No obstante—dijo Carlos,—sólo queda una bata, un pantalón con pie, un chaico de franela y unas zapatillas; todo se lo llevan ustedes.

—¿Qué importa? Queda usted excusado de antemano—respondieron los bohemios.

A las seis, estaba dispuesto un espléndido banquete en el comedor. Llegaron los bohemios. Marcelo cojeaba un poco y estaba de mal humor. El

joven vizconde Pablo se acercó presurosamente á las damas y las condujo á los mejores sitios. Mimi vestía un traje de alta fantasía. Musette iba compuesta con un gusto provocativo. Eufemia parecía una ventana de vidrios de colores, y no se atrevía á sentarse á la mesa. La comida duró dos horas y reinó en ella la más cordial alegría.

El joven vizconde Pablo pisaba con entusiasmo el pie de Mimi, que estaba á su lado, y Eufemia repetía de todos los platos. Schaunard se deslizaba entre pámpanos. Rodolfo improvisaba sonetos y rompía las copas marcando el ritmo. Colline hablaba con Marcelo, que seguía malhumorado.

—¿Qué tienes?—le decía.

—Sufro horriblemente de los pies y esto me cohibe. Este Carlos tiene un pie de mujer.

—Entonces—dijo Colline,—basta que se le dé a entender que esto no puede continuar así, y que en lo sucesivo se ha de hacer el calzado algunos puntos más ancho; tranquilízate, ya arreglaré yo esto. Pero pasemos al salón, á donde nos aguardan los licores de las islas.

La fiesta volvió á reanudarse con mayor brillantez aun. Schaunard se puso al piano y ejecutó, con una prodigiosa inspiración su nueva sinfonía: LA MUERTE DE LA NIÑA. La hermosa MARCHA DEL ACREEDOR obtuvo los honores de la triple repetición. Quedaron rotas dos cuerdas del piano.

Marcelo seguía siempre de mal talante, y como Carlos se le acercara para quejarse de su comportamiento, el artista le contestó:

—Señor mío, nosotros no seremos jamás amigos, por la siguiente razón. Las diferencias físicas son casi siempre seguro indicio de diferencia mo-

ral; la medicina y la física están de acuerdo sobre este punto.

—¿Así, pues?—dijo Carlos.

—Así, pues, prosiguió Marcelo mostrando los pies, su calzado, excesivamente estrecho para mí, me indica que no tenemos el mismo carácter; por lo demás, su fiestecita ha estado agradabilísima.

A la una de la madrugada, los bohemios se retiraron á sus casas, dando largos rodeos. Barbemuche se sintió indispuerto y pronunció discursos insensatos á su discípulo, que, por su parte, soñaba en los azules ojos de la señorita Mimí.

FIN DEL TOMO PRIMERO



